

## APÉNDICE

### EL PATRIÓTISMO EN LA NUEVA LITERATURA HUMANISTA

1. **Injusticia de la acusación de falta de patriotismo lanzada contra los cristianos.**—Entre las más injustas y más dolorosas injurias que tienen que sufrir los partidarios de la fe cristiana, se encuentra seguramente la acusación de falta de patriotismo. El cristiano que, según el fin de su fe y de su vida, se esfuerza en llegar á la perfección, debe llevar el heroísmo hasta permanecer tranquilo y digno en medio de las afrentas é injusticias de que es blanco, mientras esas afrentas y esas injusticias que recibe no toquen más que á su persona, aunque, como hombre, las sienta profundamente. Pero no sé si aguantará esta injuria sin que le dé vuelcos el corazón y sin que le hierva la sangre; seguramente que es esa la ocasión ó ninguna. Porque, formulada así la acusación, no se dirige sólo á su persona, va directamente contra el Cristianismo. Podemos, ciertamente, exclamar con el poeta: «Tiempos crueles en que aparecemos traidores sin sospecharlo siquiera, en que alarmanes ruidos hieren nuestros oídos, sin que sepamos qué es lo que hemos de temer». (1)

Y aumenta más la amargura de semejante acusación ver que no tienen motivos los enemigos del nombre cristiano para concebir contra nosotros semejantes sospechas. Apenas terminó la guerra entre Francia y Alemania, cuando, en los dos países, se cantó en todos los tonos esta acusación contra los fieles hijos de la Iglesia, como si un poder secreto hubiera dado la consigna á uno y á otro

(1) Shakspeare, *Macbeth*, IV, 2.

país. ¿Qué hicieron para ser tratados de este modo? ¿Se negaron acaso, en la hora del peligro, á acudir al llamamiento de la patria? ¿Habían cambiado, como las sociedades secretas, sus signos convencionales para salvar del peligro aún á los enemigos de la patria, con desprecio de toda disciplina militar y sin temor de perjudicar á la fortuna de la misma patria? ¿No se ofrecieron más bien con gusto á cuantos sacrificios se les exigieron? ¿No corrió su sangre por millares y millares de heridas? ¿Qué más hicieron que ellos sus acusadores? Es cierto que les excedieron en algo: en palabras, en pregonar locuazmente su patriotismo. Desaparecido el peligro, y obtenida la victoria, dieron más de una vez á su acusación una expresión de aspereza difícil de comprender. ¿Por qué, podría preguntárseles, experimentaban entonces una necesidad tan apremiante de mostrar al mundo que hubieran muerto por la patria, si hubieran tenido ocasión? ¿Es que no hubo entre los nuestros millares y millares que con gozo ofrecieron su vida por su causa? ¿No es suficiente prueba su número para dispensarnos de escuchar sus cobardes palabras?

Cierto que á nadie acusamos de no haber cumplido con su deber en la hora del peligro; pero que no se lance tan innecesaria acusación á los hijos de la Iglesia de Dios; y más que nadie debían abstenerse los que se complacen en hacerlo. Jamás hemos oído decir que ningún general francés ó alemán, de los que expusieron su vida al fuego del enemigo, haya acusado á los creyentes cristianos, á los católicos, de no haber servido fielmente á su patria. Los hombres de pluma y de tribuna han tenido millares de veces esa audacia. ¿Y qué pueden ellos ofrecernos en su activo? ¿Es que se creen autorizados á atacar así á la verdad con los discursos que pronunciaron en las tabernas de su país, ó en bien templadas y bien cómodas habitaciones, mientras morían de frío y derramaban su sangre en el campo de batalla nuestros hermanos? Hacían que se desbordase en derredor suyo la exuberancia poética de su

patriotismo; pero aquí tocamos precisamente una llaga. ¡Si hubieran podido siquiera llevar el entusiasmo á las masas con sus enardecidos versos! ¡Si por lo menos lo hubieran intentado! No les exigimos que se hubiesen ofrecido personalmente al peligro, como se hacía en épocas anteriores, cuando, con respecto á ellos, se permitían esta censura:

«De que no existe ya la antigua valentía  
Oigo á muchos poetas lamentarse.  
¿Quién de ellos, ¡vive Dios! quién osaría  
Del combate al peligro presentarse?» (1)

Pero llegaron con sus cantos cuando hacía mucho tiempo que había terminado todo. No impedía la cojera al antiguo Tirteo despertar su entusiasmo en tiempo oportuno. Estos modernos Tirteos, aunque tienen sanas las dos piernas, parece que cojean del corazón. En vano buscamos en toda esta época un solo verso como los que á docenas brotaban en un solo día del noble corazón de Kœrner. Todavía se emociona el alma al leerlos hoy:

«Se arrebola el oriente, huye la noche,  
»¡Loado sea Dios! viene la aurora,  
»¡Arriba, pueblo mío, la señal ya ha sonado!  
»Allá arriba, en el Norte, arrobadora  
»Brilla á mis ojos libertad hermosa:  
»Es una guerra santa, una cruzada.  
»Luce la gran mañana  
»Trémula en su presentimiento,  
»De coraje invencible y ardimiento  
»Ansioso, dominada.  
»Tú que eres fuerza, escucha nuestro acento,  
»Bondad inmensa, nuestra voz escucha:  
»Celeste guía senos en la lucha,  
»Inflámanse mis llagas, convulsivo  
»Temblor mi labio balbuciente agita:  
»Siento en mi corazón ira infinita,  
»Contados son mis días, á Ti llego,  
»Dios mío, tu querer hágase luego». (2)

Mas á estos modernos poetas fuéles preciso romperse la

(1) Eichendorff, *Die neuen Kameraden*. (S. W., I, 395).

(2) Kœrner, S. W. (2) I, 65, 79, 87, 98, 96.

cabeza largo tiempo para que una agotada vena produjese este canto prosaico: «¡Vive en paz, patria querida!»

Verdad es que han conservado los franceses su antigua Marsellesa; pero es tan poco patriótica su poesía, como poético su patriotismo; les aventajan los alemanes, porque, descontento de sus poetas el pueblo, se ha consagrado él mismo á la poesía. Y es característico que en aquella época no había ningún canto popular que diese testimonio del amor á la patria, excepto la canción de los granaderos de Pomerania:

«¿Qué en el zarzal aquel siento moverse?  
Que sea Napoleón puede creerse».

2. El amor á la patria considerado como barómetro de la humanidad: tres corrientes diversas en este punto.—No hay que asombrarse ante tal fenómeno; toda nuestra literatura es humanista en lo que tiene de más íntimo; pero el Humanismo no ha dado jamás pruebas de patriotismo. No puede buscarse el patriotismo, sino donde reina la humanidad, donde, á lo menos, se hacen esfuerzos para llegar á ella; porque es algo verdaderamente humano el amor á la patria, y sólo los que buscan con ardor á la Humanidad conocen este amor. Por eso hay en la historia del sentimiento patriótico una cuestión de grados que pueden calcularse tan bien como en cualquier rama de la cultura humana; un pueblo y una época están de él más ó menos alejados, según que lo estén más ó menos de la verdadera humanidad. Si se lleva tan allá el patriotismo, que absorba toda actividad propia y personal, ó si, lo que es más fuerte todavía, queda esta eliminada por completo, como sucedía entre los antiguos; si se sirve de él para rechazar con odio y con orgullo lo que no está encerrado dentro de los límites de la propia patria, como lo quería la antigua teoría de los bárbaros, ó como lo quiere todavía el moderno principio de nacionalidad, es evidente que se halla encerrada en tan estrechos límites la humanidad, que habrá que preguntarse si todavía se le puede dar este nombre.

Por el contrario, el Humanismo mira con desprecio las verdaderas fronteras y las particularidades propias de cada pueblo y de cada Estado, porque, para decirlo con franqueza, el hombre viviente y real no forma el centro del círculo de sus pensamientos, sino una humanidad inventada arbitrariamente por él y creada según sus ideas fantásticas.

Entre estos dos extremos se halla la verdadera doctrina cristiana. No sólo tiene en cuenta á los hombres en concreto, con todas las particularidades legítimas que la humanidad lleva consigo, sino que enseña que, ante todo, es siempre necesario estudiar estas últimas, contar con ellas, protegerlas, y hacer que de ellas se derive á grandes rasgos la imagen del hombre y de la humanidad. Según ella, lo particular no excluye lo universal, y viceversa; antes bien, lo universal, precede necesariamente á lo particular, y tan necesariamente, que el todo entraña inevitablemente la suerte de la parte.

No debe, pues, el espíritu, inventar una humanidad de creación propia; debe, en todo, contar con el hombre real, con el hombre, tal cual es y tal cual sería, si fuera lo que debe ser. Deja subsistente esta opinión, el derecho de todo particularismo sano, al mismo tiempo que, por otra parte, sostiene que se eleva muy arriba algo incomparablemente más grande, más amplio, á que puede servir de base toda particularidad, sin que jamás le sirva de obstáculo. Y sólo según el verdadero concepto cristiano y católico del patriotismo, pueden garantizarse en toda su pureza la verdadera naturaleza del hombre y de la humanidad.

El patriotismo supone, pues, la humanidad, y no sólo no es obstáculo al amor á la patria la caridad universal con respecto á los hombres, antes bien, es su lazo y su alimento.

**3. Humanismo y sociedades secretas.**—Seríamos injustos con el humanismo, si á él sólo hiciéramos responsable de todos esos sentimientos antipatrióticos de que tan be-

llas muestras nos presenta la literatura moderna. Por su naturaleza, deja ya de ser patriota el humanismo, aunque, propiamente hablando, no es enemigo de la patria. Nada de lo que á él se refiere pertenece al mundo real; de tal manera se ha confinado en el mundo de las puras teorías; y aun allí donde puede vivir prácticamente y desplegar su actividad, no es por sí mismo un enemigo de lo existente. Mientras no le exija sacrificios efectivos la organización de la humanidad y de la realidad que le rodean, las desprecia, es verdad, pero no es capaz de aplicar ni la punta del dedo, ni para destruirla, ni para consolidarla. Cuando consigue de ella algunas ventajas, se acomoda á ella perfectamente y aun la encuentra encantadora, por lo menos, hasta que halla en otra parte algo mejor.

Pero hay también otra potencia, á cuyas expensas vive en gran parte la moderna literatura. No sólo no tiene patriotismo; sino que es en realidad su capital enemigo. Es la influencia de las sociedades secretas, que están completamente bajo el yugo de ese pueblo, que hace dos mil años que no tiene patria, que en todas partes está en su casa, porque no la tiene en ninguna, y que quiere arrebatarse á la humanidad entera, patria y hogar, para vengarse de haber perdido los suyos. Así se explica esa divisa que han adoptado esas sociedades secretas como contraseña, divisa que les ha tomado la Revolución, recorriendo con ella todo el mundo: «libertad, igualdad y fraternidad». El sentido que les da es que todas las demarcaciones reducidas, todas las fronteras que se hallan en el interior de la humanidad, todas deben caer, cediendo el lugar al Estado absoluto é internacional de igualdad y de libertad, <sup>(1)</sup> en otros términos, á la República universal. Para llegar á este fin, hay millares y hasta millones de obreros, que, precursores de la tempestad, trabajan á las órdenes de jefes invisibles, <sup>(2)</sup> en echar abajo, <sup>(3)</sup> lentamente, en silen-

(1) *Masonería práctica*, París, 1886, II, 172 y sig.

(2) *Íd.*, *íd.*, *íd.*, I, 162 y sig.

(3) *Íd.*, *íd.*, *íd.*, I, 356, 423, 427 y sig., 430.

cio, pero con seguridad, todo poder político, social, religioso y militar, que pudiera oponerse á la realización del Estado universal de pretendida libertad. Es un poder invisible, nuevo, cuyo fin es ser el heredero de todos los poderes establecidos hasta ahora; es un poder mucho mayor y mucho más universal que todo poder terreno, <sup>(1)</sup> un poder al cual es tanto más difícil resistir, cuanto que es menos fácil de apreciar. Hay, por tanto, centenares de cándidos que ven su influencia con sus propios ojos, que la tocan con los dedos, que la soportan, pero que no quieren creer en ella.

Entre los auxiliares de esos poderes secretos está en primer lugar la moderna literatura, que recibe de ellos su inspiración y su influencia, y que es uno de los principales medios para llevar sus ideas á las masas, y para favorecer la realización de sus designios. Por causa de estas relaciones, falta completamente el patriotismo á la moderna literatura, y más todavía, es completamente antipatriótica.

**4. Los clásicos alemanes modernos y los filósofos sobre el amor á la patria.**—«No sería difícil, dice Hæuser, á quien ciertamente no puede tildarse de parcial, sacar de las obras de los mejores y de los más grandes representantes de nuestra literatura una colección de máximas, en que se manifieste, no sólo el desprecio cosmopolita de todo lo nacional, sino también el orgullo de una universalidad sin límites y la insensata burla de las afecciones patrióticas más santas y del más personal sentimiento nacional». <sup>(2)</sup> Como lo confiesa también Zeller, se encuentra casi sin excepción en todos los héroes del gran período de nuestra literatura, ese mismo cosmopolitismo que ha debilitado el sentimiento de la importancia del Estado. <sup>(3)</sup>

En diferentes épocas, se ha tratado de borrar esa sombra mancha del retrato de los tan ponderados jefes del

(1) *Masonería práctica*, París, 1886, I, 163.

(2) Hæuser, *Deutsche Geschichte*, II, 551.

(3) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 359.

pretendido sentimiento de los tiempos modernos. Pero, aunque han sido muy hábiles las tentativas, no se ha conseguido sino echar más sombras sobre esas fisonomías consideradas como diamantes de brillantez incomparable. Para excusar la falta de patriotismo de nuestros clásicos, se dice que en aquella época era tan desgraciada, y estaba tan humillada y maltrecha Alemania, que era perdonable no sentir grande afecto por semejante patria. ¡Bonita excusa! ¡Ella derrama también luz muy particular sobre el patriotismo de los que han osado presentarla! Pensábamos que si había quien tuviera obligación de levantar el espíritu de la patria, de luchar como los antiguos profetas, de sufrir y de morir para salvar á sus compatriotas de la ruina y del rebajamiento personal, la tenían precisamente los que poseían las luces de la inteligencia y el poder de la palabra. Pero nos enteramos ahora que fueron ellos los cínicos que gozaron del triste privilegio de haber tenido pensamientos menos elevados que los del pueblo. Según su principio, nadie debe sacrificarse por la patria, sino cuando puede gloriarse de ello y espera alguna ventaja y alguna gloria del servicio que le presta. Si ningún honor proporcionan ya la fidelidad y el patriotismo, si más bien exigen sacrificios y abnegaciones, cesa entonces toda obligación. Sí; por desgracia, nuestros clásicos han pensado y obrado así con mucha frecuencia.

Pero ¿no nos olvidamos del honor y del deber justificando aquí, y enseñando con esta justificación á nuestra juventud, que ha de formar su espíritu en esos autores, á dar, en caso semejante, pruebas de igual falta de carácter? Entonces ¿para qué enojarnos con la manera de pensar y de obrar de nuestros clásicos, ó con los intentos que para justificarlos hacen sus adoradores? La mayor parte de la responsabilidad toca ciertamente á estos últimos, puesto que se atreven á recomendar y á extender por doquiera el veneno que para sí solos conservaban los primeros. Luego es deber nuestro protestar aquí solemnemente, para que no se corrompa por completo el espíritu

de la nación. Como lo hace notar el ilustre Perthes: «¡No! No fué el dolor causado por el estado miserable de nuestro pueblo el que condujo á nuestros clásicos á tal indiferencia, sino que fué la falta de sentimiento por el pueblo y por la patria, lo mismo que la falta de participación en las desgracias de los tiempos y en el abatimiento del país». <sup>(1)</sup> Como verdaderos humanistas, no pensaban más que en sí mismos, en todo lo que les proporcionaba alguna ventaja, y en lo que halagaba su orgullo. Según sus miras y según las de todos sus defensores, el bueno de Klopstock no era más que un soñador pasado de moda, porque no miraba con indiferencia á Alemania, y porque con el recuerdo de sus grandezas pasadas y de sus nuevos deberes, trataba de levantar el decaído espíritu de su pueblo.

¡Y cuál no es también su valor comparado con todos los demás! ¡Qué triste es la figura que hacen nuestros clásicos frente al ilustre Kœrner, que, joven y lleno de esperanzas, no vaciló en sacrificar su vida por su patria, cuyas desgracias sentía tan profundamente! ¡Qué modelo tan magnífico de verdadero patriotismo nos ofrece el dulce Stolberg, que, en los apuros de la patria, prodigó diez veces su sangre con verdadero entusiasmo en las personas de sus hijos y de sus padres! <sup>(2)</sup> ¡Cómo cubre de confusión á todos esos egoístas, en cuyos corazones no vibraba la cuerda patriótica, Eichendorff, aquel hombre de magnánimo corazón! Abandonó una posición espléndida, sacrificando la tranquilidad más halagadora, se despidió de su joven esposa, y, como Kœrner, partió con los caballeros negros de Lützow.

«Á la guerra, á la muerte... más, más lejos  
»Llevemos nuestro anhelo,  
»Hasta que estar podamos en el cielo». <sup>(3)</sup>

Eran hombres á quienes tocaban muy de cerca la ver-

(1) *Perthes' Leben*, (6) III, 373.

(2) Janssen, *Stolberg*, II, 299 y sig.

(3) Eichendorff, *S. W.* (2) I, 397.

güenza y las miserias de la patria; eran verdaderos poetas patrióticos; eran caracteres verdaderamente cristianos, á quienes entusiasmaba la fe en el sacrificio y en la abnegación. Pero de esas almas humanistas, almas heladas, asoladas por la duda ¡quién puede esperar la entusiasta expresión de un sentimiento del cual no saben sino burlarse!...

Sin embargo, nos dice Gottschall: «Es una locura censurar en tan eminentes caracteres la indiferencia ante la fatalidad que amenazaba y consumía á su patria. Aquella indiferencia no era sino la consecuencia última de una formación autónoma que, en su desenvolvimiento, se ponía en sazón para producir una magnífica flor de inmortalidad. Si se puso en contradicción con la plebe, lo hizo con conocimiento de causa; es que vió en las luchas nacionales de su época una comedia popular indigna de los grandes genios». <sup>(1)</sup>

¡Guárdenos Dios de tener jamás semejantes defensores! No podía ponerse en la picota á aquellos pobres diablos con insultos más amargos. Si quisiéramos ensalzar á nuestros sacerdotes, porque, con pleno conocimiento de causa, se opusieron á todo lo que agitaba el corazón de los hombres, en un cuarto de siglo, testigo de las más grandes revoluciones, de los más espantosos acontecimientos, de las más terribles efusiones de sangre y de innumerables tribulaciones; si quisiéramos defender la piedad protestando que, como último renuevo de una independencia autónoma, nada podía haber que la inquietase ni por el mundo, ni por la humanidad, ni por la patria; si quisiéramos engrandecer á nuestros Santos pretendiendo que fueron espectáculos indignos de su grandeza acontecimientos como el asesinato de un rey, la caída del imperio de Alemania, las batallas de Marengo, de Austerlitz y de Aspern, el desastre de Moscou y la guerra de la Independencia, ¿qué se nos respondería, y qué se tendría derecho á respondernos? ¡Pues he ahí lo que se dice de nuestros clásicos como

(1) Gottschall, *Deutsche Nationallit. des XIX Jahrh.* (2) I, 50.